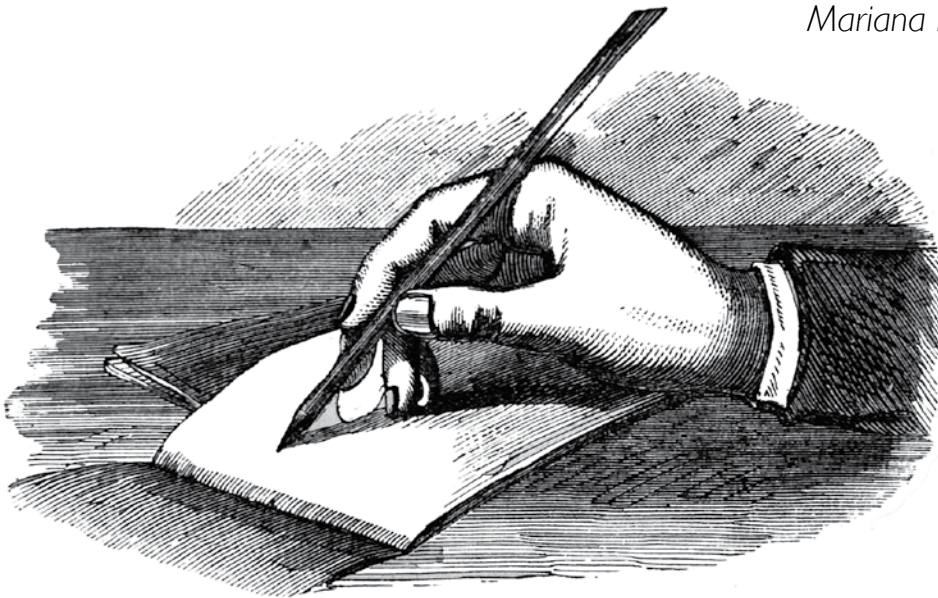




# Libreta roja

Mariana Bernárdez



*En el amor no existe lo verdadero  
sino lo irreparable.*

“Elogio de lo irreparable”, Félix Grande

Ilustración: lecciones de caligrafía,  
*The Popular Educator*, 1862. Publicado por Cassell,  
Petter & Galpin, Londres, 1862

UNA LIBRETA DE PASTAS ROJAS como si el color fuera refugio y disolución de la sangre que enrama las palabras. Hilos sueltos, desmadejados, no son notas, ni siquiera ideas que sobrevienen de discusiones previas, sino asaltos, vértigos, voces que se encuentran o que se desploman en el oído distraído. No lo sé.

I

Vacío. Nombre. Palabra. Sombra de la palabra. Eco y trino de agua. Tan de atrás el olvido que el punto se desconoce en su fuga, fractura incierta que pone en marcha la vida. Anunciación de lo ido que habrá de acusar presencia.

Surtidor de fuego, un no lugar, un no vacío, un lo otro que evade la afirmación. Nada que no es caída a la luz o ascenso a la entraña. Lodo, limo, piedra verde, tierra reseca por donde se abate la nota inaudible: apenas gesto, apenas reverberar, ranura que atrae por el secreto que ampara. La piedrecilla rueda hacia su gruta y descubre lo insondable de su

espacio. El aire en su silbo se interna con su arte combinatoria para ser derrotado por lo inabarcable del silencio. Bálsamo, caricia, de lo que alguna vez fue latigazo del infierno, ¿cómo esa desolación alcanzó el vahído del silbo herido-vulnerado? Nada se ha escrito al margen del texto, ningún comentarista ha atrevido argumento alguno, el blanco arrincona la huida de la letra quemada.

## II

La culpa engendra la parte inimaginable del delirio, el espejo que confirma la inequidad y el desvarío de la envidia. Racimo que brota en gorjeo, milenios rodando con su soplo de una boca a otra, acrecentando en su vaivén el peso de la sílaba. Lumbre, alumbre, relumbre: nacimiento, palabra que se anida en estallido.

## III

Vacío de ese que uno desearía no sentir dar tajo en el pecho o hacer oficio de plañidera, despeñadero que lleva a perder el oriente y terminar en el requiebre del balbuceo; no ese de cuando se es pleno, sino el que no toca orilla ni arrastra hilo de luz. Diríase seña o guiño de cuando la caligrafía estrena el ondular de la arena y es velo que se desvanece ante la huella del tiempo que, en su verterse, arropa el tránsito del sueño. No tiempo de cuando el viento en remolino levanta en talud el relámpago: develamiento: grito que habrá de transmutarse en fulgor. Y luego, el ritmo.

## IV

Cae de la espiral de lo sin tiempo, al árbol de lluvia enramada, la sílaba en su redondez. Después la gota en su memoria antigua ilumina en susurro el vientre que bien pronunciará el deseo que la encarna: la serpiente se desliza por las ramas y toca el fondo del horizonte, ahí donde el límite de arriba y abajo es una superficie donde se extiende el cuerpo de Eva que soñó con un Adán que la llamaba. Sin duda, el amor brota de lo irreparable.

## V

Arcano. Oración para los muertos, rezo del levante para que el cuerpo, en su sabiduría ancestral, recuerde el diálogo silencioso cuando cruzó la

altísima noche en los brazos de otro. El oráculo que se cumple en la rememoración cimbreante del gesto primario de la caricia. Revolotean las gaviotas. Aún desde el montículo es posible avistar el arrecife y escuchar el mar cuyo bramido obnubila la mente diestra. El cuerpo yace dentro de sí y testimonia en ello la legibilidad del mundo.

Vencidos y vencedores, ¿el talón de Aquiles o el talón de Eurídice?, ¿mordedura o tajo?, ni siquiera los vates conocen de cierto el camino de regreso. Nocturno cuando lo hallado es síncope y piedra de toque, de lo mudo a la sombra que acusa los labios que se abren para pronunciar el deseo.

El cuerpo, ¿recuerda o inventa otros cuerpos?, ¿otras noches?, ¿otro desierto donde la inmensidad lo cobija de su fatiga?

## VI

Lenguaje de agua, letra en tempestad o palabra ahucándose en mantra. Tálamo y estrépito ascendiendo en espiral, en cada rotación el eco de lo mismo simula el aparecer de lo diverso. No mata el filo del cuchillo sino su lenta espera, el miedo ante lo irreparable... y el vaivén del viento anuncia el espacio de luz, así, simple, llano, sin anteceder visión alguna. Sisea: “Me sé irrepensible en ti” y el Árbol en su sueño le responde: “A veces me ocurres. No hay siempre, sólo caer, todo cae, la hoja y los ángeles..., la luz gravita y suena.”

## VII

“El origen es una progresión ausente”, la frase martillea y se interna en constelación neuronal como si el cosmos fuera una insinuación perceptible. Los elementos se imponen, el ritmo desenfrenado de la lluvia aquieta la zozobra que da tumbos en el corazón. Primera morada: la dualidad del latido y la respiración; segunda morada: los ojos cuando deletrean el mundo; tercera morada: el oído que apresa el sonido dicho que avanza por el aire; cuarta morada: el tacto que reconoce lo amado; quinta morada: el olor que afirma la dulzura de la piel; sexta morada, el vientre que se ensancha; séptima morada, la desolación de la quimera. No hay lenguaje capaz de abrazar ese desamparo. 